

“Los franceses en el Septentrión de América y su representación del mundo salvaje”

p. 47-58

El bisonte de América

Historia, polémica y leyenda

María del Carmen Vázquez Mantecón

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

224 p.

Mapas y figuras

(Serie Historia General 28)

ISBN 978-607-02-4755-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de noviembre de 2023

Disponible en:

<https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/602/bisonte-america.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

3. LOS FRANCESES EN EL SEPTENTRIÓN DE AMÉRICA Y SU REPRESENTACIÓN DEL MUNDO SALVAJE

Nueva Francia y sus respetables “bueyes”

Las colonias francófonas en América se habían iniciado desde el año de 1600 y durante un poco más de siglo y medio llegaron a comprender un inmenso territorio que abarcó, en su época de mayor esplendor, desde el lago Superior a la Luisiana —ocupada esta última por los galos entre 1699 y 1762. A lo largo del siglo XVII, los franceses tuvieron numerosas disputas con los colonos hablantes de lengua inglesa y con los españoles. Cuando en 1653 se firmó la paz entre francos e ingleses, los primeros protagonizaron nuevas e importantes expediciones en la zona que comprometió, por igual, a misioneros, militares, colonizadores, tratantes de pieles y comerciantes.

Ellos siguieron la ruta del principal afluente, el río Mississippi, y entraron en contacto con naciones indígenas a las que —aunque reconocieron en ellas muchas cualidades culturales— siempre designaron con el vocablo genérico de “alvajes”. En las crónicas que legaron de esos viajes dieron cuenta, asimismo, de la presencia en algunas de esas regiones del que llamaron con simpleza “ganado salvaje”.

Hacia 1673 el canadiense Louis Jolliet, junto al jesuita francés Jacques Marquette, iniciaron su periplo por el lago Michigan hasta llegar al río Mississippi, donde continuaron su descenso hasta muy cerca de la boca del afluente. Después de recorrer casi 5 000 kilómetros de ida y vuelta pudieron delinear la casi totalidad de su inmenso cauce. El padre Marquette, quien además conocía algunas lenguas amerindias, dejó por escrito un sugestivo testimonio, fechado un año después, en el que en medio del recuento de aventuras, paisajes y costumbres de animales y “alvajes”, describió a grandes manadas de venados y de “ganado salvaje o *pisikious*”,¹ —nombre este último

¹ Según Ulrich Danckers en la sección “encyclopedia” de su libro *Early Chicago: to the year 1835 when the Indians left*, Hardcover; 2000, la palabra *pisikious*, es una corrupción del ojibwa *bizhiki* y del algonquín *pijaki*, voces ambas con que cada una de esas naciones nombraba a los bisontes.

que le daban los illinois a los bisontes— que aumentaban en número conforme seguían río abajo, especialmente cuando alcanzaron el paralelo de 41 grados con 28 minutos, donde dice haber visto una manada con más de 400 cabezas.² Explicó a sus lectores que los franceses lo nombraban “ganado salvaje”, porque era muy similar a su ganado doméstico, aunque con diferencias: el primero era menos largo, dos veces más ancho, más corpulento, con la cabeza más grande, la frente plana y, según él, con los cuernos más largos.

El jesuita nos legó su propia impresión sobre los bisontes de aquellas tierras que, en su caso, también refleja temor y desazón por su fealdad, aunada al reconocimiento de que su carne y su sebo eran “excelentes”. En pocas palabras, pensaba que tenían características que los hacían “espantosos”. Llamó su atención la “especie de papada” que les colgaba del cuello, la joroba “bastante alta”, las piernas gruesas y cortas, y la “crin como de caballo en forma de cresta”, que además de cubrirles la cabeza, el cuello y una porción de los hombros, les tapaba los ojos impidiéndoles ver. Sobre el resto de su cuerpo, dijo que eran cubiertos por “un pesado pelaje rizado”, más grueso y fuerte que el de las ovejas, que al perderlo en el verano, les dejaba esa parte de la piel “tan suave como el terciopelo”. Vio cómo vivían desparramados en manadas por las praderas y también fue testigo de su ferocidad al dar muchas veces muerte a sus cazadores. Explicó que cuando atacaban tomaban a un hombre entre los cuernos—algunos lo levantaban por el aire— lo arrojaban al piso, lo entrampaban bajo los pies y luego lo mataban. Creía que eran animales decididos y orgullosos porque después de ser bañados se tiraban al suelo escondidos en el pasto, desde donde “percibían” al disparador, al que atacaban corriendo hacia él muy rápido, velocidad que alcanzaban cuando estaban verdaderamente enojados.³

Buenas costumbres de las “vacas bravías”

Las exploraciones de los franceses se sucedieron unas a otras entre las décadas de los sesenta y ochenta de aquel siglo XVII. Entre ellas

² Jacques Marquette, “Le premier voyage qu’a fait le P. Marquette vers le Nouveau Mexique”, 1674, en *The Jesuit Relations. Natives and Missionaries in Seventeenth-Century North America*, editado por Allan Greer, Boston, Nueva York, Bedford/St. Martin’s, 2000, p. 194 y 195.

³ *Ibid.*, p. 196.

destacan las que emprendió el caballero francés René Robert, mejor conocido como “Sieur de La Salle”, quien había llegado a Canadá desde 1666 en donde se estableció como comerciante de pieles y adquirió fama como expedicionario, fundador de fuertes y plantador del símbolo de la Flor de Lis que agrandaba las posesiones de Luis XIV en tierras americanas. En su tercer viaje, realizado en 1679 en compañía del misionero recoleto Louís Hennepin, llegaron hasta el río Niágara. Tiempo después, en 1681, en una cuarta travesía, La Salle bajó por los ríos Illinois y Mississippi hasta el golfo de México, tomando posesión de ese extenso territorio en nombre de Francia al que llamó *Louisiane*⁴ en honor de su monarca. Regresó al continente europeo para solicitar la ayuda del rey con objeto de llevar a cabo una quinta expedición, de nuevo “hasta las boca del Mississippi”, que tendría lugar entre 1684 y 1688, ocasión en la que ni encontró la desembocadura mentada, teniendo que hacer tierra en Texas en la Bahía del Espíritu Santo; no pudo contarla en persona porque en marzo de 1687 sería asesinado por uno de sus hombres –Pierre Duhaut– que se habían amotinado contra su autoridad. Más adelante me referiré a este quinto viaje porque estarán muy presente los “ganados de toros”. Ahora es necesario recuperar lo reseñado por el franciscano recoleto Hennepin, que formó parte de la tercera expedición, de la que escribiría algunos años después su versión de los sucesos.



El flamenco recoleto Louis Hennepin recibió, en el año de 1675, órdenes de sus superiores de embarcarse como misionero a Canadá. Partió en calidad de miembro de la tercera expedición encomendada a La Salle y llegó a Quebec en septiembre, aunque antes de unirse a la expedición pasó cuatro años predicando, conociendo el territorio y aprendiendo lenguas indígenas. En el otoño de 1681 viajó a Francia, donde durante un año escribió sus memorias de

⁴ Mario Hernández Sánchez Barba, *Historia de Estados Unidos de América. De la república burguesa al poder presidencial*, Madrid, Marcial Pons, 1997, p. 53.

viaje. Apareció primero *Descripción de la Louisiane*, París, 1683, y catorce años después en Utrecht, Holanda, *Nuevo descubrimiento de un gran país situado en América*.⁵ También en Utrecht publicó al año siguiente otro libro que tituló *Nuevo viaje de un país más grande que Europa*, que, junto con el anterior, fueron traducidos ese mismo año al inglés y editados en Londres.⁶

El padre Hennepin encontró muchos bisontes en la tierra de sus aliados illinois –asentados en el norte de lo que hoy estado de Illinois– y los nombró “bueyes”, “toros bravos”, o “vaca bravías”. Para describir ese animal tan novedoso e inquietante, usó las mismas palabras y calificativos del je uita Marquette, incluido, las crines, las jorobas, el espanto y su carne succulenta. Asimismo, describió a detalle algunas costumbres de los bisontes. Dijo que cambiaban de tierra “conforme a la mudanza de los tiempos y según la variedad de los climas”, porque cuando empezaba el frío emprendían el camino a las tierras del sur, por sendas que, a fuerza de su paso, le parecía que estaban “tan trilladas como los caminos reales en Europa”.

Gracias a la enorme cantidad de pasto que comían en el verano –que según él les llegaba hasta el pescuezo– estaban muy gordos hacia el otoño, y era como si estuvieran en su elemento, en las prolíficas praderas llenas siempre de ellos y de otras variedades de animales silvestres. Encontró, incluso, algunos bisontes en los bosques, guarecidos del rigor del sol, y muchos en las islas, a donde iban especialmente las hembras a tener a sus crías, lejos del acoso de los lobos. Vio que las manadas se movían en fila, uno detrás de otro, parando todos a descansar en un mismo paraje, o que podían también nadar en las corrientes de los ríos con gran agilidad.⁷ Creía que

⁵ Libro que fue visto por varios historiadores de su tiempo como salpicado de falsedades y de glorias que no le correspondían. Ahí afirmaba que había recorrido el Mississippi hasta el golfo de México, asunto que no tuvo tiempo de hacer entre su salida del país de los illinois y el apresamiento que de él hicieron los issati-sioux pocos días después. En esa tercera expedición de La Salle no llegaron hasta las bocas del Mississippi y sería sólo La Salle el que lo lograra en su cuarto viaje, en el que Hennepin ya no participó.

⁶ *Catholic Encyclopedia*, <http://www.newadvent.org/cathen/07215c.htm>

⁷ Biblioteca Nacional de Madrid, Sala Cervantes, MS 3179, Louis Hennepin, *Nuevo Descubrimiento...* Es importante señalar que se han hecho muchas traducciones y ediciones de la obra de Hennepin, algunas de las cuales han cambiado su título, como por ejemplo la edición española de 1902, que se titula *Relación de la América Septentrional*, Madrid, Imprenta de la viuda de Pedraza, p. 235-237, donde el traductor Sebastián Fernández de Medrano agregó algunas cosas de su cosecha, como decir, por ejemplo, que parecían camellos, cuando Hennepin nunca mencionó a estos animales, o el añadir que los bisontes tenían el mismo ins-

a pesar de que esos animales eran “grandes máquinas de carne”, andaban muy aprisa, impidiendo que los “salvaje” los pudieran alcanzar corriendo. En cuanto a la cantidad, dijo haber visto bandadas de 200, 300 o 400 “toros bravos” juntos, y puntualizó que además de los “salvajes”, había muchos “bucaneros y filibusteros” matando bastantes de ellos. Sobre la manera de los habitantes originario de preparar la carne de esos “ganados” comentó que la secaban al sol, conservándola muy bien por tres o cuatro meses sin el uso de la sal, “de manera que no se corrompe”. Le parecía que al comerla era como la carne fresca acabada de matar.⁸

Los galos y el instinto de los “ganados”

Sabemos de lo pormenores del quinto y último viaje de La Salle, gracias al diario que escribió M. T. Joutel, participante en esa aventura que tuvo lugar entre 1684 y 1688 y en la que, como dije más arriba, buscaron infructuosamente la desembocadura del Mississippi. La mayor parte de la información que se proporciona corresponde a la región de Texas en la que, ya desde antes de de embarcar, vieron numerosos corzos y “toro de diferente figura que los nuestros”. Para ello fue muy importante la presencia de todo tipo de animales de caza, tales como aves, peces, corzos, conejos, gallinas de la India y patos, pero especialmente la de los “ganados”, que significó, mientras duró su periplo, la proveeduría de grandes cantidades de piel y de carne que secaban al ol.

Contó Joutel que conforme más se adentraban en la tierra encontraban más “ganado”.⁹ No escatimó palabras para describir el encanto de la región, por sus muchos arroyos, árboles “muy bellos”, campiñas cubiertas de hierbas, pero, sobre todo, por el “gran número de toros”. De hecho, bautizaron un afluente como “La rivièrè

tinto de las golondrinas europeas, aves que el recoleto tampoco nombró cuando se refirió a las costumbres migratorias de los cuadrúpedos de nuestro interés.

⁸ Ver el capítulo “La representación europea del bisonte americano”, en el que inserto el dibujo de un “Buey salvaje”, aportado en una de las ediciones de la obra de Hennepin.

⁹ El primer traductor al castellano de este diario fue José María Tornel y Mendivil, quien erró en su traducción, precisamente en el asunto del “ganado”, ya que siempre agregó la palabra “vacuno”, palabra que nunca fue mencionada por Joutel, cuando, es evidente, que este se refirió a los bisontes, al señalar las diferencias entre ese “ganado” y el europeo.

aux boeufs” (El río de los bueyes), a los que describió escuetamente diciendo que eran “como los nuestros”, aunque en lugar de pelo “con una larga y rizada clase de lana”. Añadió que les gustaba la sal, por haber hallado una fuente de agua salada con muchas de sus huellas alrededor.¹⁰ Su diario es muy preciso en cuanto a los días que caminaron, ya sea bajo la lluvia o al rayo del sol, a propósito de los campos atravesados, de sus campamentos, y de la “abundancia de toros” en toda esa tierra, cicatrizada por sus rutas de movimiento. Registró, también, que el grupo expedicionario siempre seguía las vías marcadas por los “toros”, porque según Joutel, “el instinto de esos animales los llevaba a los lugares más fáciles para el tránsito”.

Fue en este viaje cuando ocurrió el asesinato de La Salle, “por sus modales altaneros y la dureza con que trataba a sus súbditos”. Esta muerte coincidió con la ausencia de los “ganados” y, por lo tanto, con la falta de carne durante muchos días. Contó que siguieron su marcha liderados ahora por los que tramaron la muerte de su antecesor, los que a pesar de que volvieron a encontrar y matar “ganados” no repartían la carne entre los expedicionarios. Ya en “el país de los accancea” (hoy Arkansas), volvió la abundancia de “ganados” y por ende la de la carne, que se apuraron a “acecinar”. Terminaron su marcha en “Chicagou”, donde los “toros” se redujeron notablemente, no viendo más que algunas “becerras muy flacas y de estas muy pocas”, atacadas por el frío y por los lobos. Antes de embarcarse para Francia, hacia el último cuatrimestre de 1688, Joutel conoció la nación de los huron, famosos cazadores de castores y diestros comerciantes de sus pieles, que estaban establecidos al sur de lo que ahora es Ontario. Dado que allá no había pastizales y por ende bisontes, podía notar Joutel que esa nación de “salvajés” rara vez tenían carnes frescas y el hecho de que, cuando las había, provenían de los venados, ellos sí abundantes en la región.¹¹

¹⁰ M. T. Joutel, *Diario histórico del último viaje que hizo M. de La Salle para descubrir el desemboadero y curso del Mississippi*, Nueva York, José Desnoues, 1831, traducido del francés por José María Tornel, Ministro de México en los Estados Unidos, p. 23, 39, 48-49, 50, 54-55, 56, 62, 64-65, 67, 68.

¹¹ *Ibid.*, p. 84, 96, 140-41, 152-53.



Por su parte, el barón de La Hontan, lugarteniente de marina y explorador francés de ese tiempo –llegó a América en 1683–, dejó memoria de dos asuntos interesantes a nuestro relato: el recuento de sus experiencias con los aliados huron, con los que vivió un largo período, y la reseña detallada de las costumbres de caza de varias naciones indígenas que conoció, que nos indica hasta donde llegaban los bisontes, del todo ausentes en tierras de los huron. Refrendó lo dicho por Joutel en cuanto a que la cacería principal para ellos era la de castores, y agregó que no era menos importante la caza de “orignaux” (ciervos),¹² a los que perseguían y encerraban para darles muerte con menos dificultad.¹³

El salvaje refinamiento de la caza

Los viajes y las experiencias de los colonos francófonos por Nueva Francia y la Luisiana siguieron al iniciarse el siglo XVIII. Contamos, por ejemplo, con el testimonio de un monsieur L'Erbanne, quien en 1723 anduvo en las tierras habitadas por los caddoquio, precisamente en Natchidoches, Luisiana. Ahí pudo constatar que ellos eran muy buenos cazadores de “boeufs sauvages”, para lo que, dijo, usaban sus caballos, que les daban más velocidad y posibilidad de huida. También se refirió al país en donde estaban arraigados los illinois, de los que apuntó, como ya lo habían hecho antes otros compatriotas suyos, que aquellos tenían que moverse más de cien leguas para encontrar a los “bueyes”. Apreció, asimismo, las dotes de buenos comerciantes que estos tenían, sobre todo, en relación con las pieles

¹² *Orignal, orignaux* o *élaïn du Canada* (ciervo o gran ciervo de los países del norte), palabra importada al Canadá por los inmigrantes, alteración de *orignac*.

¹³ La Hontan, barón de (Louis Armand de Lom d'Arce), *Dialogues curieux entre l'auteur et un sauvage de bons sens qui a voyagé, et Memoires de l'Amerique Septentrionale*, France, The Johns Hopkins Press, 1931, entre la p. 132 y 133. La primera edición fue en 1703 y se convirtió en un libro exitoso en varios países con más de veinte ediciones. Ver también AGI, *Indiferente* 1528 N 8, Cartas del barón de La Fontan, 1 de septiembre de 1699 y barón de La Hontan, *Copie du journal de voyage du Lieux Cavalier prêtre de mons. La Salle lesquels entreprirent tous les deux par mer la decouverte du fleuve Mississippi, l'an de 1684 avec plusieurs nations*.

de distintos animales, incluido, por supuesto, el bisonte del que, asegurado, hacían comercio igualmente con la lana de su cabeza.¹⁴



En Luisiana vivió también por más de veinte años el galo Antoine-Simon Le Page du Pratz, quien llegó ahí en 1718, dedicándose a actividades agrícolas y comerciales. Regresó a Francia en 1734, donde, después de casi otros veinte años, escribió sobre aquella experiencia, publicando definitivamente su *Histoire de la Louisiane* en 1758 en tres volúmenes. Se ha dicho de él y de su obra que tiene mucho de etnógrafo, de historiador y de naturalista. No sólo aprendió la lengua de los natchez, sino que hizo amistad con muchos de ellos, y por eso decidió darles la palabra, incorporando sus mismos relatos, llenos de tradiciones y de costumbres. Además de incluir una breve historia de la colonia francesa, dio muchas recomendaciones sobre el trato a los nativos, a los esclavos africanos –de los que poseía algunos–, o, por ejemplo, sobre la manera como sería más fácil cazar a los “boeufs sauvages”.

En el tomo primero de su historia refirió una caza de “bueyes salvajes” en las orillas del río Arkansas. En cuanto al número de venados y de bisontes que ahí había señala que era “grande”, y que unos y otros iban en manadas, que a veces juntaban a 150 individuos. La experiencia en esas cacerías le había enseñado que los “bueyes salvajes” se asustaban con el menor ruido, y mucho más con los disparos, huyendo despavoridos. Le parecía que los franceses tenían que copiar los métodos de caza de los españoles de Nuevo México, según lo que “se contaba de los hispanos” en esa parte franco parlante del Septentrión, esto es, que usaban jarretes, para poder, después, dar más fácilmente muerte a esos “bueyes”. El jarrete¹⁵ era un instrumento que cortaba el tendón de Aquiles o jarrete de los animales en plena carrera, y los ponía, como apuntó Le Page du Pratz, “acorralados, espantados, sin poder huir, perdiendo

¹⁴ Briscoe Center for American History, 2Q235, “Franceses en el valle de Mississippi”, Ms. 1723, French National Archives, Monsieur L’Erbanne, *Memoir*.

¹⁵ Se trata de unas pértigas largas que en uno de sus extremos tenían una media luna de hierro con filo en su borde cóncavo.

sangre, debilitados, dejándole a su enemigo la libertad de acabarlos como él guste”.¹⁶

Pensaba Le Page du Pratz que el modo “era bueno” por varias causas: no causaba temor a los animales; podría volverse de enorme ventaja para nativos y colonos, que tendrían alimento abundante; no era costoso; y, según él, “tampoco era incómodo”. Lo interesante del caso, es que ni los mismos e pañoles, ni ningún otro europeo, incluidos los franceses, nunca habían mencionado que los primeros usaran jarretes para inutilizar a los animales antes de matarlos.¹⁷ Le Page tuvo que explicar cómo podía construirse tal arma, indicando que las cacerías deberían hacerse entre octubre y febrero, con muchos hombres a caballo. En ese país, dijo, estos últimos no eran costosos y se alimentaban con poco, y los “bueyes” al verlos, moderaban su espanto. Por último, recomendó ir hacia ellos contra el viento, porque tenían un olfato muy sensible.

Contó que sólo los bueyes ligeros huían rápido, siendo que muchos otros no podían hacerlo a causa de su pesadez y su gordura, propiciada por las abundantes pasturas de hierba fina que ávidamente comían de día y de noche. Esto, según él, los hacía más apetecibles por su sabroso sebo, tema que volvió a incorporar a sus recomendaciones sobre el beneficio de su caza, junto con el de su lana y el de sus grandes y bellas pieles. Había todavía tantos bisontes, que Le Page, pensaba, iluso, que ese negocio “no disminuiría la especie”, y apuntó que su depredador natural eran los lobos, que buscaban a los individuos aislados para procurarse el alimento necesario.¹⁸

¹⁶ Antoine Simon Le Page du Pratz (1695?-1775), *Histoire de la Louisiane*, a Paris, Chez de Buré, de la Veuve Delaguette y de Lambert, 1758, t. I, p. 313-14.

¹⁷ En la Península Ibérica se usaban jarretes en la ganadería, y desde ahí se llevaron a las tauromaquias antigua y moderna. En el siglo XVIII, al final de la corrida, el toro era picoteado con lanza, picas y espadas y luego desjarretado. Aunque desde la época de las corridas caballerescas siempre se menciona el desjarrete como muy del gusto popular, también hubo voces que señalaban que era absolutamente desagradable y que tenía que erradicarse de las fiestas de toros. Ver *Prontuario de Tauromaquia, o sea, el libro de los toros necesario e indispensable para conocer y juzgar con facilidad y acierto todas las suertes de las funciones de toros, la clasificación de estos, etc., etc., por medio de tablas sinópticas, escrito por F.I.C.U.*, Madrid, Imprenta de Don José María Alonso, 1847, p. 33. En la Nueva España de ese mismo siglo dieciochesco se hizo común su uso en las haciendas ganaderas, siendo que los individuos que sabían desjarretar cobraban mejores salarios, como podemos apreciarlo en la documentación del período. A propósito de que los hispanos se hayan servido de esos instrumentos para matar bisontes en el nuevo México, además de Le Page Du Pratz, ese asunto fue mencionado por otros dos viajeros que visitaron Texas en los inicios del siglo XIX: Arthur Wavel y Louis Berlandier.

¹⁸ Antoine-Simon Le Page du Pratz, *op. cit.*, p. 315.

En el tomo II de su historia se refirió a los cuadrúpedo de la Luisiana, dedicando tres páginas a los “boeufs sauvage”, que describió como del tamaño de los más grande bueye europeos y dijo que los primeros eran de este tamaño a causa de su lana larga y muy rizada de color marrón oscuro. Los pintó con un fleco entre los cuernos que les caía sobre los ojos y les impedía ver, cosa que se suplía con su oído y su olfato muy finos. También tenían una joroba considerable, los cuernos gruesos, las pezuñas negra, y en cuanto a las vacas de esa especie, “con las tetillas hacia adentro, como en el caso de las yeguas y las ciervas”.¹⁹ Señaló que ese “buey” era la comida principal de los naturales y que desde hace mucho tiempo ya lo era de los franceses, y confesó que para él la parte más extremadamente delicada y sabrosa era la joroba. Aludió, asimismo, a como los galos se habían aficionado a la manera de los nativos de tratar y pintar las pieles. Dijo que iban a cazarlos en invierno a las praderas de las tierras altas de la Luisiana, ricas en hierbas, y que al acercarse a ellos, “se apuntaba a su paletilla”. Alertó sobre el hecho de que si no quedaba lo suficientemente herido, el “buey” podía correr hacia su atacante, y finalizó su recuento con la noticia de que los indios sólo mataban a las vacas y esto era, según él, porque la carne de los machos despedía el desagradable olor del macho cabrío,²⁰ asunto que, por cierto, nunca llamó la atención de los hispanos, ni fue nombrado por ninguno de ellos, durante los tres siglos que incursionaron y ejercieron dominio sobre esas norteñas regiones.

Comodidades irrenunciables de los “boeufs sauvages”

Las fatigas de los viajes al país de los illinois quedaban recompensadas por el placer que proporcionaba la caza. Así lo cuenta el capitán de las tropas de la marina francesa Jean Bernard Bossu quien, entre 1751 y 1766, dirigió varias embarcaciones llenas de soldados que atravesaron el río Mississippi y sus afluentes. La primera vez, partieron de los asentamientos arkansas y tomaron rumbo al norte. Asombraba a Bossu que durante cerca de 300 legua no hubieran

¹⁹ Ver en el capítulo “La representación europea del bisonte americano”, el grabado de un “Boeuf sauvage” incluido en el texto de Le Page du Pratz.

²⁰ *Ibid.*, t. II, p. 66-68. La expresión que utilizó es “sentire le Bouquin”, que bien podría ser un olor a almizcle.

encontrado pueblos ni casas, pero sí, “felizmente”, manadas de “bue-yes salvajes”, venados y ciervos, en una temporada que, al ser de pocas aguas porque empezaba el invierno, hacía que los animales bajaran a beber a las riveras de los ríos. Sabedores los indios arkan-sas de que los franceses necesitaban alimentarse en esas largas trave-sías se contrataban con ello como cazadores. Muy temprano salían en piraguas a matar a los bisontes, carne que dejaban lista sobre la rivera, para luego ser recogida por un convoy que la llevaba a los barcos. Todo esto lo rememora Bossu, anotando, además, que los arkansas reservaban las lenguas y “lo filets”, para ofrecerlos a los comandante y oficiales, mientras un sargento distribuía el resto de la carne a los soldados, que no siempre quedaban conformes.²¹

El escrito que ese capitán legó en forma de cartas, revela, también, la mirada colonizadora que no podía creer que “países tan bellos”, estuvieran tan escasamente habitados, “o poblados más que por brutos”. Bossu, sin embargo, reconocerá –por muchas cosas sucedidas y observadas por él más adelante– que esos pueblos no eran “salvajes” más que de nombre, y que los franceses que habían tratado de embaucarlos habían salido burlados. Tampoco, por otro lado, dejó de subrayar los civilizadores esfuerzos de los galos, cuya presencia modificó, sin duda, para bien y para mal los hábitos y costumbres indígenas.²² Hacia 1753, “el país de los Illinois” –que Bossu llama “uno de los más hermosos que haya en el mundo”– además de abastecer de harina a toda la parte baja de la colonia francesa, se dedicaba con éxito al comercio de plomo y sal, y al de pieles de castor, nutria y “buey salvaje”. La naturaleza los había proveído con profusión de fuentes salada de la que obtenían el valioso condimento que, además, atraían a los ciervos y a los bisontes que gustaban de los pastos de sus bordes y cercanías, de donde se lograba mucha carne y lenguas que salaban y comerciaban con éxito en Nueva Orleáns.²³

Tres años después, mientras descendían por el Mississippi, los franceses seguían viendo “bueyes salvajes” a lo largo de su trayecto. Una vez que acamparon en una isla fueron testigos de la capacidad

²¹ Jean Bernard Bossu, *Nouveaux voyages aux Indes Occidentales, contenant une relation des différents peuples qui habitent les environs du grand fleuve saint-Louis, appelé vulgairement le Mississipi ; leur religion, leur gouvernement, leur moeurs et leur commerce*, Amsterdam, Chez D. J. Changuion, 1769, 2 v., I, p. 95-97.

²² *Ibid.*, I, p. 126.

²³ *Ibid.*, I, p. 109.

de los bisontes para atravesar a nado el ancho del río. Asustados con los disparos, se lanzaron al agua “hacia el continente”, ocasión que aprovecharon los francos, embarcados en ligeras canoas, para matar a cuatro –más dos venados de las orillas– cuyas carnes salaron. Su orgulloso relato agregó que poco después habían cazado un oso por obtener su piel, sus patas y su lengua.

Por el año de 1762 Bossu anduvo en la Luisiana, la que describió ampliamente, incluidas las costumbres de sus habitantes los *attakapas* y la lista de sus “animales curiosos, simples y saludables”, muchos de ellos, dijo, “desconocidos en Europa”. Dedicó, por lo tanto, varios párrafos al “buey salvaje”, comentando además que “los franceses y los salvajes [conocían] muy bien sus comodidades”, poniendo en su relato en segundo lugar a los que los habían enseñado a preparar sus carnes, que los proveían de hermosas mantas para cubrirse, que fabricaban los colchones rellenos con su lana y las candelas de buen sebo, cosas todas que los galos preferían sobre las demás de su clase. Terminó sus recuerdos sobre el tema, anotando algo que, según él, le tocó observar, y que habría sido la única vez que se mencionó, a propósito de los depredadores de los bisontes. Bossu describió –como si hablara más bien de una escena sucedida en África entre una pantera y un búfalo– la traidora presencia de los “tigres”,²⁴ que subidos a los árboles de los pequeños senderos, esperaban a los “bueyes” que iban al río, saltando, de repente, sobre su cuello, para destrozar su nervio. Culminó su fantasía añadiendo que en esa circunstancia poco les sirvió a esos bueyes su poderosa cornamenta y su enorme fiereza.

²⁴ *Ibid.*, II, p. 124-127.